

Una experiencia comprobada para combatir la violencia en la escuela

Pintar como terapia

Sebastián de la Nuez*



Parece sencillo, pero las dinámicas atornilladas a la inercia y consolidadas a la sombra de políticas públicas ausentes en verdad no son fáciles de modificar. La gente del Taller de Aprendizaje para las Artes y el Pensamiento (TAAP) construye paz donde hay un sustrato de violencia, en Turgua pero también en el municipio Sucre o en San Agustín

En la página web del Ministerio del Poder Popular para la Educación aparece vacía la pestaña *Estructura*. Es decir, el Ministerio de Educación no sabe, o no quiere dejar saber, cuál es su estructura por direcciones, por departamentos, por áreas. Pero seguro que son muchas sus divisiones y gerencias, de variada índole. Nada más los entes adscritos dejan entrever la magnitud de las ramificaciones que conlleva la rectoría de la educación en el país: Senifa, Renadit, Fede, Cenamec, Fundabit, fundaciones Colombeia, Edu-media y Misión Robinson etcétera. Todas estas entidades, se supone, funcionan sin descanso ni tregua en pro de garantizar la mejor educación posible, en las mejores condiciones, al más vasto número de niños y adolescentes de todos los rincones de la nación.

Sin embargo, toda esa infraestructura –la que se deja ver más la oculta– llevada por gente seguramente capaz y preocupada no ha reparado en una organización muy singular, muy modesta, muy comprometida. Jamás les ha llamado la atención, y eso que TAAP lleva cuatro años, por la medida chiquita, en la brega.

TAAP Y CÓMO FUNCIONA

El Taller de Aprendizaje para las Artes y el Pensamiento centra su esfuerzo principal en Turgua. Quizás esto no le dice gran cosa al lector. Baste saber que es una población dejada de la mano de Dios –o mejor de las autoridades locales y centrales– en el estado Miranda, zona rural de los municipios El Hatillo, Baruta y Paz Castillo. TAAP fija su trabajo en el colegio Mano Amiga La Montaña, tres edificios de ladrillos rojos entre los cuales se despliega un buen campo para jugar beisbol y softbol. Ese colegio fue levantado por la congregación *Legionarios de Cristo*.

Ha desarrollado TAAP un programa para niños y adolescentes destinado a hacerlos más dueños de sí mismos; una manera de sacarles de adentro las tristezas o los dramas, pero también su potencial creativo y sus valores en ciernes, mediante el dibujo, la pintura, la fotografía,

la música... Es un taller, simplemente un taller que se ha salido de los moldes tradicionales. Y de su *target* original, pues ahora abarca a otros miembros de la comunidad como maestros, mamás y líderes comunitarios.

Es una pista. Una pista que el Ministerio de Educación debería aprovechar.

DE LA VIOLENCIA

La violencia en la escuela es un fenómeno creciente en Venezuela, como demostró el estudio del Centro Gumilla publicado en *SIC* de junio 2009 (N° 715). Siguiendo los pasos de su propio informe, el CG convocó a una reunión, hace pocas semanas, a la que asistieron representantes del sector educativo preocupados por este fenómeno. Entre ellos, la comunicadora social Gabriela (Gaby) Arenas, uno de los dos pivotes sobre los cuales gravita TAAP junto al artista plástico Carlos Eduardo Meneses.

Pero ojo: TAAP no camina sólo con ellos dos. Existe, funciona un consejo de asesores que da ideas incluso para la creación de nuevos módulos de aprendizaje. Luego están los voluntarios profesionales, quienes apoyan en los asuntos operativos, gente que no cobra ni un bolívar por su trabajo. Y los facilitadores, jóvenes universitarios que Carlos Eduardo y Gaby forman en la metodología como auxiliares del taller, y esto les vale para la Ley de Servicio Comunitario. Llegan sobre todo de la UCAB, de la UCV y de la Metropolitana, pertenecientes a diversas facultades.

Después de cuatro años y mucho trabajo en el colegio Mano Amiga La Montaña han desarrollado su metodología: 224 niños y 201 adolescentes –pertenecan o no al colegio– pasaron y siguen pasando por sus manos. Ha sido arduo. Es asombroso el nivel de violencia intrafamiliar que Gaby y Carlos Eduardo hallaron en esa población en apariencia bucólica. En la Fila de Turgua viven aproximadamente mil 250 familias.

Al principio, hubo casos como el niño que les manifestó con disgusto: “Es que mi mamá quiere más a mi hermana”. “¿Y eso por qué?”, preguntaron. “Porque a ella le pega más”.

Gaby y Carlos Eduardo estudiaron, de ese universo infantil que tenían a mano, 140 casos de niños entre seis y nueve años de edad, en 2008. Todos presentaron problemas de maltrato familiar. Cien por ciento. Trabajaron no sólo con testimonios de los niños sino también entrevistando a los padres, y con los docentes. Encontraron madres que decían abiertamente: “Bueno, sí, yo les pego”. Y daban como excusa que cargaban con seis niños, que la plata no les alcanzaba para la comida y que, como tenían hambre, las criaturas no paraban de llorar. Alguna, se supo, castigaba a los hijos metiéndoles las manos en una olla de agua caliente.



TALLER DE APRENDIZAJE
PARA LAS ARTES
Y EL PENSAMIENTO

No sólo con pintura y manualidades; el programa de TAAP abarca ahora fotografía, video, música, gracias a la colaboración de profesionales dispuestos. Y están Gaby y Carlos Eduardo no sólo en la recóndita Turgua –donde asisten tres veces por semana– sino, desde hace un tiempo, en Terrazas del Alba (San Agustín), donde encontraron poco apoyo por parte de la Alcaldía de Libertador. La verdad sea dicha, tampoco han encontrado gran apoyo en la Alcaldía de El Hatillo; sin embargo, la gobernación del estado Miranda sí muestra disposición y eficacia. La labor se ha extendido en el asesoramiento a consejos comunales y, en general, han difundido la idea de que cada comunidad tiene derechos cuyo cumplimiento debe exigir a las autoridades en salud –sobre todo– pero también en transporte y otros servicios; se convirtieron, de cierta manera, en una espinita.

La estrategia es, pues, apoyarse en las expresiones creativas para desarrollar el pensamiento de los participantes en los talleres; al hacerlo, cada quien identifica las causas de la situación que vive y las posibles alternativas para superarla. Con esta experiencia, la visión de Arenas y Meneses sobre violencia en las escuelas es fundamental.

–¿Qué sacó como conclusión de la reunión en el Centro Gumilla con docentes e investigadores?

–Creo que sirvió –contesta Gaby Arenas– para que muchas personas involucradas en el tema se dieran cuenta de que, realmente, es un problema mucho más amplio de lo que imaginaban. Y de lo que imaginan, en general, muchos especialistas y entes oficiales.

Los niveles de rentabilidad de la violencia, por ejemplo.

–Para un chamo, vender esos videos (con actos de violencia grabados en la escuela o en sus cercanías, con los propios alumnos) puede representar ganarse entre dos mil y siete mil bolívares fuertes mensuales.

Por otra parte, piensa que poner a organizaciones e individuos a trabajar en red fortalece la posibilidad de hacer cosas. Y cita el propio ejemplo de TAAP:

–Si desde el principio no hubiésemos contado –dice Gaby– con el apoyo de la Universidad Católica, del Centro Gumilla, de Cecodap o Espacio Público, no hubiéramos podido hacer lo que hemos hecho. Pero el siguiente paso es lo más importante. Además de poner el problema en la agenda pública, debemos ser capaces de coordinar y establecer acciones concretas. O sea, si



seguimos esperando a que todo se resuelva por la vía de políticas públicas, no va a pasar.

–¿Cuál sería una acción concreta en la lucha para aminorar la violencia escolar?

–Importantísimo es formar a los docentes. Es un problema de los docentes y si ellos no concientizan esto, la cosa no va a andar. Porque la violencia, en general, no es algo que se puede separar como en cajitas: si tienes problemas de crianza y de violencia intrafamiliar, eso va a repercutir en que el chamo será violento en la escuela. La violencia se debe trabajar desde todos los ámbitos. Hay que formar a los docentes, formar a las familias, formar a los líderes comunitarios para que aprendan cómo lidiar con eso porque a veces la violencia es algo que nos sobrepasa.

Ella está convencida de que hay casos de violencia escolar que sólo se explican por la necesidad de los niños de ser escuchados. De ser queridos, de ser reconocidos; de que sus opiniones sean tomadas en cuenta. En la última *encuesta hogares* sobre deserción escolar resultó que 70% de los muchachos ha dejado de estudiar porque no lo considera *pertinente*. No les parece, a los adolescentes, que sea importante.

–Si es más rentable ser malandro o ser buhonero –afirma Gaby tomando el puesto de un ex estudiante– que ser profesor universitario o ingeniero, y además no me lo pones retador, interesante, y no me motivas, pues por supuesto que me meto a buhonero. Y desde los quince años.

ESTO DEBE REPLICARSE

¿Sería posible que la experiencia de TAAP fuese imitada en otros colegios, incluso en unidades del interior del país? ¿Cómo masificar la interacción con niños y jóvenes de modo tal que salgan de allí dispuestos para el estudio, para expresarse, para canalizar sus energías hacia el bien? Así son los niños y adolescentes que han pasado horas con Carlos Eduardo, o con alguno de sus auxiliares voluntarios, en el colegio Mano Amiga.

Les consta, y hay pruebas de ello: ha disminuido la agresividad en el colegio. Basta hacer un sondeo entre los docentes y los padres o representantes que conocen el antes y el después.

Estos programas o experiencias no se decretan desde una oficina refrigerada y la historia de TAAP es un ejemplo: la intención era, en principio, hacer en Turgua lo que Carlos Eduardo ya venía haciendo en colegios privados de Caracas, o sea, dar clases de arte a los niños. Lo cual quiere decir, en pocas palabras, potenciar las habilidades para el dibujo y la pintura. Pero al encontrar niños que vivían en unas condiciones extremas, se abrió un panorama. Y se incorporó Gaby.

Turgua es tan poco tomada en cuenta que no existe ni siquiera en el catastro. Es decir, a duras penas figura en los mapas oficiales. Hay una vía a medio pavimentar que la atraviesa, estrecha y maltrecha. Sus habitantes levantan sus viviendas –construcciones endebles– entre caminerías que bajan o suben, según se vea, laderas pedregosas. La gente debe caminar grandes distancias para llegar a casa.

Muchas de las familias están constituidas por mujeres y niños solos, pues allí no hay dónde trabajar, así que los hombres se ven obligados a emigrar hacia Santa Lucía, El Hatillo, etcétera. A veces, los hombres simplemente se van, desaparecen. Dejan la prole atrás.

Hay cuatro colegios a lo largo de los 19 kilómetros de Turgua, pero sólo Mano Amiga ofrece hasta quinto año de bachillerato. Hay alrededor de 400 niños que no están escolarizados, de diferentes edades. La estadística indica un niño por cada mujer en edad reproductiva (a partir de los once años), una tasa muy alta.

Gaby era directora de Responsabilidad Social y Comunicaciones de la Fundación Cisneros. Lo dejó. Se vio más claramente en esto. Le fascinó la idea de hacer que el arte se convierta en un mecanismo para que la gente aprenda a comunicarse y sienta que, con su voluntad, puede ayudar a cambiar el entorno, influyendo sobre lo que no le gusta o anda torcido.

Parece sencillo. Y quizás no sea tan difícil.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.